

## Hacia la construcción de liderazgos emergentes

Por Ocliver Rojas Gómez

La política es el lugar para transformar la realidad, desde una perspectiva plagada de utopías. Posteriormente, la economía intenta subordinarla y pretende convertirla en pura técnica y representación de intereses; sin embargo en ambos casos siquiera se ha cumplido su promesa de gestionar con transparencia, honestidad y efectividad. Los sistemas políticos imperantes en América Central se han caracterizado por la escasa consolidación de los principios de equidad, inclusión, participación y representación. En consecuencia, persiste la desigualdad como violencia social, la alta tasa de pobreza, el rezago de las zonas rurales y la exclusión de las mujeres en la participación laboral y política.

Bajo éste escenario urge pensar en la consideración de nuevos actores, con una sensibilidad diferente, un liderazgo progresista que se comprometa a trabajar para lograr verdaderos cambios sociales, que se enfoquen en la construcción de un orden político más democrático, y que penetren en el imaginario social para deconstruir paradigmas que mantienen las desigualdades sociales y los esquemas de dominación.

Y es aquí donde las personas jóvenes y sus perspectivas temáticas cobran vida (defensa del medio ambiente, promoción y defensa de los Derechos Humanos, sexuales y reproductivos, el apoyo a la causa indígena, nueva masculinidad, equidad de género, interculturalidad, etc.). Cada joven ha ido ampliando su círculo de incidencia al calor de una mayor autonomía, apropiándose de las decisiones pertinentes a los hechos que afectan de manera directa sus propias vidas, han recuperado la dimensión del ser como algo fundamental y no están tan en disposición de perder su individualidad e identidad en una organización masificada, lo que les lleva a participar en organizaciones con otro tipo de dimensiones y encuadres, asimismo con iniciativas específicas, muchas veces con bajo grado de institucionalidad.

Lamentablemente las personas jóvenes también devalúan la política como instrumento de cambio, la observan como un espacio de manipulación al servicio de dirigentes, una cosa corrupta y poco transparente. Lo cierto es que la política partidaria ya no es el espacio que seduce a masivos grupos juveniles.

Sin embargo, desaprovechar las ventajas comparativas de una nueva generación, es no reconocer su capacidad para negociar de manera permanentemente, no valorar su participación cara a cara; que propone un actuar horizontal e invisibilizar la ejecución de propuestas que van más allá de los canales tradicionales y por tanto son más inclusivas. No podemos ni debemos titubear en respetar la iniciativa y responsabilidad de nuevos actores, pues significa negar el cambio social y democrático en el país.

La clave no está sólo en la apertura de espacios a las nuevas generaciones; también está en la calidad y el tipo de liderazgo que se ejerza. De ahí la importancia de vestir los liderazgos con valores, principios y propuestas que hagan más democracia y justicia social. Estos nuevos liderazgos juveniles y progresistas nos plantea un reto sobre la forma de hacer política, utilizando herramientas teórico-metodológicas que les permiten diseñar, instrumentar y evaluar políticas públicas congruentes y sostenibles que realmente apunten a lograr los cambios específicos y desafiar al status quo, garantizando la rendición de cuentas. En este sentido, la promoción y el fortalecimiento de liderazgos emergentes es una tarea urgente para incidir favorablemente desde ya en el desarrollo de nuestras naciones centroamericanas, a partir de una visión que propicia la remoción y mejora en la calidad de la política.